

**INFIERNO  
Y GLORIA DEL  
TUNDIDOR  
DOMINGO  
FERNANDEZ**

por ANGEL M. DE PABLOS AGUADO

— No pongas bozal al buey que trilla...

Aquella era una noche de cielos amaraños y de diablos desatada. Las marciadas huracanadas rompían la defensa de los montes Aquilanos y, al soplar de roble en roble, de castaño en retama, transformándose en cascada acariciando arroyos o en pizarra susurrando tejados, quebraba también el nombre del valle, que no era ya el de Silencio.

— ... ni te ensalces a ti mismo, no sea que caigas y te veas cubierto de vergüenza...

La nieve, que congelaba paisajes y encendía virtudes, iba alimentando el caudal futuro del Oza,

más allá de las quebradas, al otro lado del Friguera.

Más que la nieve, las sabias advertencias del piadoso abad Esteban habían enfriado mi corazón. A manera de defensa, balbuceé cuantos versículos se me agolpaban, desordenadamente, en la memoria.

— Cuanto más grandes seas, más te has de humillar y hallarás gracia delante del Señor...

El discípulo de Genadio, monje, eremita y santo, aceptó el duelo de máximas y consejos.

— Lo que te venga grande para ti, no busques...

Y yo insistía.

— El que es malo para sí, ¿para quién será bueno?...

Y él.

— El que con privaciones amontona, para otros ahorra...

Y yo.

— No seas como león en tu casa y luego blando con tus servidores...

Y él.

— No sea tu mano abierta para recibir y cerrada para dar...

Estaba vacío. Completamente. Con mi predicanzaina, le entregué al abad la última de las luces que habían iluminado mi camino interior. Y me derrumbé. Hasta entonces, a palpas, como el ciego capaz de ver a través de sus manos, fui moviéndome con el sólo apoyo de la fe. Sostenido por las interpretaciones que, en torno a los pasajes de mi vida, me inspiraba esa misma fe. Con tales muletas, salí un buen día de Medina, la villa que había sido solar de mis padres y cuna de mi niñez. Con ellas, crucé las tibias aguas del río Duero por la vega que conduce a Toro, entre viñas de uva negra y lagares

de espuma roja. Atravesé tierras del pan y del vino y la Sierra de la Culebra por la Peña Mira, dejando en cada recodo jirones del alma y la ropa esmeladrada entre las zarzas del monte. Me detuve en Vizcodillo porque pareció que ninguna aldeana podría encontrarse más alejada de la mano de Dios, ni más pérdida de los hombres, ni más olvidada de los vivos.

— Para mendigo no tienes talante de pedigüeño, ni espíritu torvo para adecán...

En el horno de maíz, a cambio de preparar la masa y sacarla de cocer, descansaba por las noches de predicar por los días.

— Tú ¿quién eres, Domingo?

— Soy un siervo que acude a la llamada del Señor...

En la memoria, como un molinillo de imágenes, me veía junto a mi padre, el tundidor Fernández de Bobadilla, aprendiendo el oficio de los paños que no es sino oficio de crisálidas. Convirtiendo la esencia de las flores en hebras de luz y las hebras en hilo y el hilo, a modo de gusano de seda, en un arco iris de telas y tejidos, de vestidos y capas, de túnicas y sayales. Tanto me apliqué y tan rápido aprendí que pronto mi padre, el tundidor, consideró que ya estaba presto para dirigir la industria familiar.

— Pero, antes, debes fundar tu propia familia y engendrar tus hijos, mis nietos, que aseguren el futuro de nuestro negocio y alegren mi vejez.

Así habló y así se hizo. Porque de hijos bien nacidos es la virtud de la obediencia. Caséme poco después con Beatriz, mujer honesta, educada en el cariño al esposo y en su complacencia, virgen de una belleza

singular paralela a los azules del cielo castellano y a los suaves contornos del Zapardiel. Me dio un hijo, Hernando, que colmó todas las aspiraciones de abuelos y padres. Un hijo, Hernando, que marcaba la cresta más alta de felicidad a la que un hombre puede aspirar para dar gracias a Dios en todo momento y lugar.

— En verdad que no lo comprendo, aseguraba el molinero de lo que no admitía comprensión, sino leyendo en la escritura recta, por renglones torcidos, de la providencia.

Cuatro años después de la boda, apenas con tres recién cumplidos el primogénito, el cólera asoló los campos de Medina arrastrando entre sus pestilentes garras a toda una procesión de sombras, de la que formaron parte mi madre, mi esposa Beatriz y mi hijo Hernando. La casa de los Fernández de Bobadilla sufrió un tremendo golpe y los telares de la industria no tejieron sino suspiros y lágrimas para sudarios y dolor y nostalgia para sayos funerarios.

— El que al temor del Señor no se abraza fuertemente, pronto verá su casa derruida...

Tal aseveró mi padre, hundido como yo, en la pena ante todo lo que habíamos vivido y por todo lo que habíamos perdido. Siguiendo, pues, sus sabias indicaciones pronto los paños volvieron a cobrar su colorido incial, compitiendo con las aves y con las plantas las telas que en casa trabajábamos y en casa vendíamos, recuperando la actividad febril de antiguos años de esplendor. Sin olvidar a quienes nos dejaron por el sueño de la muerte, el tundidor volvió a pedirme con palabras sensatas.

— Que te hayas quedado sin familia no quiere de-

cir que renuncies a formar otra, ni a procrear para mí otros nietos capaces de sustituir al desaparecido en el cariño y a su recuerdo en tu soledad.

Como protestase por tal encargo y me declarase incapaz de cortejar a las mozas con el espíritu de un jovenzuelo, Alonso de Moraleja, primo cercano de mi padre por las ramas del árbol genealógico, aunque lejano por hábitos, prudencia y condición, fue el encargado de buscarme una segunda esposa.

— Nunca aprobé sus licenciosas costumbres pero, en estos menesteres, sin duda es la persona más versada de las que yo conozco. El lo hará.

Y lo hizo, a cambio de unos cuantos títulos que le otorgaron poderes en nuestra industria del paño.

Manuela Otero, hija de un caballero viudo empenado constantemente en empresas de armas y, por ello, entregada en Tordesillas a la custodia de la anciana abadesa de Santa Clara. Novicia a punto de profesar sin demasiada convicción, dama piadosa donde las hubiere, más discreta que la propia discrección, fue la candidata elegida por Alonso y aceptada por mi padre, el tundidor. Manuela se convirtió en mi segunda esposa sin tiempo siquiera para habernos requiebrado, ni habernos visto hasta que, delante del altar, la superiora del convento la sacó de su clausura envuelta en un vestido de lino completamente blanco y con rostro cubierto por una gasa, ligera pero tupida, hilada con los más puros copos de nieve.

— Crece en millares de millares. Y que tu descendencia posea las puertas de sus enemigos...

Pero, como ni matrimonio ni señorío no quieren furia ni brío, pudo parecer que fueron los enemigos quienes poseyeron nuestras puertas. Después

de un año, a contar desde los esponsales, Manuela dio a luz una hembra que, sin embargo, acabó apagándose dulcemente como lo hace un candela-bro sin aceite. Los doctores explicaron que había sido incapaz de aprender a respirar. Pero, conociendo que dicha ciencia no se enseña, si es que no se trae bien aprendida de la eternidad, acepté los designios divinos con humanos razonamientos.

— La primogenitura debe corresponder a un varón...

Doce meses más tarde, incubándose una epidemia de peste que habría de diezmar villas y familias, nació el hijo destinado para aplacar mis soledades y disimular las canas de su abuelo, el tundidor. Nació con el estigma de la enfermedad en sus carnes, cubiertas de bubones tumefactos, ennegrecidos más y más a medida que aumentaban en la criatura vómitos y estremecimientos. Manuela Otero quemó en vano incienso delante de su par-ticular altar, elevó rogativas a los cielos y empapó en lágrimas saladas el cuerpo del niño que se moría entre toses y calenturas. Desde el entierro, que la madre acompañara al hijo era sólo cuestión de días.

Y, cuando lo hizo, apenas pude convencerme que, delante de mí, en el cortejo, eran dos las cajas para el cementerio. Alonso de Moraleja, bocalán y em-babiecador, casamentero para otros y mujeriego por cuenta ajena, jugador con caudales pignorados, perdió a una carta la fortuna de los Fernández de Bobadilla y convirtió en huérfano a su primogénito, Domingo, que se lanzó a los caminos cubierto por el sayal del peregrino y las sandalias de la penitencia.

— En verdad que, de haberlo, el infierno no puede ser mucho peor...

El molinero utilizaba el furganeiro en el horno después de picar el último maíz del día.

— El verdadero infierno está en no descubrir la mano de Dios detrás de cada suceso.

Pero las llamas de la pena me consumían por dentro y por fuera. Y comencé a vagar sin rumbo fijo en busca de la tranquilidad interior y de la oración. Los escasos dineros que conservé después de la mala jugada del primo Alonso, fui repartiéndoles entre mendigos y menesterosos que los pedían a las puertas de las iglesias. La Baña... Encinredo... Lucillo y Beceril, una vez cruzado el Teleno... Rabanal del Camino... Foncebadón... Manjarín... antes de llegar a El Acebo, camino a la izquierda de una imagen de Santiago, me dí de bruces con una ferre-ría levantada en las riberas de Compludo, allá donde el río Carracedo se alimenta con el agua de varios arroyos. El espectáculo del agua generando aire y del aire provocando el fuego, se presentó como un milagro de la fantasía ante mis ojos. Al otro extremo del rodezno, el poder de un inmenso árbol accionaba el largo martillo pilón que, como el brazo de la providencia, descargaba su fuerza sobre un yunque de hierro macizo. El movimiento cons-tante producía un sonido de campana diabólica, monocrorde y funerario. Un sonido profundo, ma-chaque continuo de conciencia y cerebro, llamando al arrepentimiento o al castigo. El calor emanado desde el horno del reverbero ayudaba a crear la im-agen infernal que yo creí adivinar en la herrería, detrás de aquella serie de zunchos, bragas y pernos.

— Todo lo que no se halló escrito en el libro de la